

LA CORRECCIÓN ANTE TODO

No por haberlos oído muchas veces pierden actualidad y eficiencia los siguientes postulados. Una chispa insignificante puede producir un incendio devastador; un pensamiento no reprimido puede llevar al hombre a la perpetración de un crimen; un mal consejo llega en ocasiones a la destrucción de una familia. En una palabra, de cosas pequeñas e insignificantes pueden sobrevenir efectos desastrosos e irremediables.

Nuestro semanario recientemente ha publicado sucesos que acreditan esta realidad: Un montón de paja que no valía más de tres pesetas, una deuda que no excedía de doscientas, y otros hechos vulgares por el estilo, motivaron la muerte de determinadas personas y las lesiones graves que otras sufrieron. ¿Cómo se explica esta desproporción entre la pequeñez del motivo y las consecuencias del efecto?

Sencillamente porque en la convivencia social no se da toda la importancia a las relaciones que necesariamente surgen entre los ciudadanos, olvidando que en las mismas se está arrojando una siembra que no puede menos de dar a su tiempo los consiguientes frutos.

Llena de satisfacción la amabilidad y comprensión que encontramos en nuestros semejantes al acudir a ellos en demanda de alguna aclaración o alguna ayuda, con lo que espontáneamente fluyen del corazón sentimientos de reconocimiento y gratitud. Por el contrario, nos ofende el despecho y desconsideración con que somos tratados por los que tienen obligación de atendernos, y esperamos ansiosos la oportunidad de poder corresponderles en la misma moneda.

A diario somos testigos de esta reprochable desconsideración ciudadana: Acudimos a la ventanilla de una institución a formalizar un pago en cumplimiento de un deber que nos honra; tras ella un empleado con seriedad hasta aquí nos dirige una mirada ni pronuncia una sola palabra, y antes de entregarnos el correspondiente recibo, lía tranquilamente su cigarrillo, o continúa despachando su refección matutina, o charlando con algún compañero, y al fin recoge el dinero y entrega la carta de pago, sin responder siquiera a nuestra despedida. Lo mismo sucede si en ejercicio de un derecho nos acercamos a cobrar una cantidad determinada, exponiéndonos a oír un tono elevado de voz si nos atrevemos a insinuar que se nos atienda.

¿Qué diremos si somos también tratados con poca corrección al efectuar una consulta por la que abonamos los correspondientes honorarios? ¿Es que el técnico, el empleado está en un plano superior que le autorice a tratarnos de este modo, cuando en realidad se puede dignamente no solamente pedir, sino hasta exigir el cumplimiento de un legítimo derecho?

Verdad es que en ocasiones surge también el empleado amable que se desvive por atendernos con toda gentileza, abriendo el corazón a la esperanza entre manifestas señales de agradecimiento. Conducta tanto más estimable cuanto que constituye una verdadera excepción a la que no estamos acostumbrados.

No olvidemos que estas pequeñas desatenciones, en pugna siempre con los principios elementales que deben presidir las relaciones de los hombres para que en todo momento se muestren correctos, diligentes y amables, producen necesariamente un ambiente de hostilidad fácilmente traducible en lucha de clases, de donde dimanar lamentables sucesos que turban la paz social y llevan a la intranquilidad, si no la ruina, a tantas familias.

29902